

SEDE APOSTÓLICA  
SANTO PADRE  
*Benedicto XVI*

## Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

### «Creo en Dios»

23 de enero de 2013

---

Queridos hermanos y hermanas:

En este Año de la fe, quisiera comenzar hoy a reflexionar con vosotros sobre el Credo, es decir, sobre la solemne profesión de fe que acompaña nuestra vida de creyentes. El Credo comienza así: «*Creo en Dios*». Es una afirmación fundamental, aparentemente sencilla en su esencialidad, pero que nos abre al mundo infinito de la relación con el Señor y con su misterio. Creer en Dios implica adhesión a Él, acogida de su Palabra y obediencia gozosa a su revelación. Como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*, «*la fe es un acto personal: la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela*» (n. 166). Poder decir que creemos en Dios es, por lo tanto, a la vez un don —Dios se revela, viene a nuestro encuentro— y un compromiso; es gracia divina y responsabilidad humana, en una experiencia de diálogo con Dios que, por amor, «*habla a los hombres como amigos*» (*Dei Verbum*, 2), y nos habla para que, en la fe y con la fe, podamos entrar en comunión con Él.

¿Dónde podemos escuchar a Dios y su Palabra? Es fundamental la Sagrada Escritura, donde la Palabra de Dios se hace audible para nosotros y alimenta nuestra vida de "amigos" de Dios. Toda la Biblia relata la revelación de Dios a la humanidad; toda la Biblia habla de fe y nos enseña la fe, narrando una historia en la que Dios conduce su proyecto de redención y se hace cercano a nosotros, los hombres, a

La bendición, en la Sagrada Escritura, está relacionada principalmente con el don de la vida, que viene de Dios, y se manifiesta ante todo en la fecundidad, en una vida que se multiplica, pasando de generación en generación. Y con la bendición está relacionada también la experiencia de la posesión de una tierra, de un lugar estable donde vivir y crecer en libertad y seguridad, temiendo a Dios y construyendo una sociedad de hombres fieles a la Alianza, "reino de sacerdotes y nación santa" (cf. Ex 19,6).

Por ello, Abrahán, en el proyecto divino, está destinado a convertirse en *«padre de una muchedumbre de pueblos»* (Gn 17,5; cf. Rm 4,17-18) y a entrar en una tierra nueva donde habitar. Sin embargo, Sara, su esposa, es estéril, no puede tener hijos; y el país hacia el cual le conduce Dios está lejos de su tierra de origen, ya está habitado por otras poblaciones, y nunca le pertenecerá verdaderamente. El narrador bíblico lo subraya, si bien con mucha discreción: cuando Abrahán llega al lugar de la promesa de Dios, *«en aquel tiempo habitaban allí los cananeos»* (Gn 12,6). La tierra que Dios dona a Abrahán no le pertenece, él es un extranjero y lo será siempre, con todo lo que comporta: no tener miras de posesión, sentir siempre su propia pobreza, ver todo como don. Esa es también la condición espiritual de quien acepta seguir al Señor, de quien decide partir acogiendo su llamada, bajo el signo de su invisible pero poderosa bendición. Y Abrahán, "padre de los creyentes", acepta esta llamada en la fe. Escribe san Pablo en la Carta a los Romanos: *«Apoyado en la esperanza, creyó, contra toda esperanza, que llegaría a ser padre de muchos pueblos, de acuerdo con lo que se le había dicho: "Así será tu descendencia". Y, aunque se daba cuenta de que su cuerpo estaba ya medio muerto —tenía unos cien años— y de que el seno de Sara era estéril, no vaciló en su fe. Todo lo contrario: ante la promesa divina, no cedió a la incredulidad, sino que se fortaleció en la fe, dando gloria a Dios, pues estaba persuadido de que Dios es capaz de hacer lo que promete»* (Rm 4,18-21).

La fe lleva a Abrahán a recorrer un camino paradójico. Él será bendecido, pero sin los signos visibles de la bendición: recibe la promesa de llegar a ser padre de un gran pueblo, pero con una vida marcada por la esterilidad de su esposa, Sara; se le conduce a una nueva patria, pero deberá vivir allí como extranjero; y la única posesión terrenal que se le consentirá será la de un trozo de tierra para sepultar allí a Sara (cf. Gn 23 1-20). Abrahán recibe la bendición porque, en la fe, sabe discernir la bendición

camino, en obediencia a la vocación divina, confiando en la presencia benévola del Señor y acogiendo su bendición para convertirse en bendición para todos. Es el mundo bendito de la fe al que todos estamos llamados, para caminar sin miedo siguiendo al Señor Jesucristo. Y es un camino algunas veces difícil, que conoce también la prueba y la muerte, pero que abre a la vida, en una transformación radical de la realidad que solo los ojos de la fe son capaces de ver y de gustar en plenitud.

Afirmar "creo en Dios" nos impulsa, entonces, a ponernos en camino, a salir continuamente de nosotros mismos, justamente como Abrahán, para llevar a la realidad cotidiana en la que vivimos la certeza que nos viene de la fe, es decir, la certeza de la presencia de Dios en la historia, también hoy; una presencia que trae vida y salvación, y que nos abre a un futuro con Él para una plenitud de vida que jamás conocerá el ocaso.

*(Saludo a los peregrinos de lengua española y llamamiento ante las inundaciones que han afectado gravemente a Yakarta, capital de Indonesia, expresando su cercanía, asegurando su oración y alentando a la solidaridad)*